

CAPITULO IX.

JUAN REYNAUD. ENRIQUE MARTIN.

Camilo Flammarion.

Ya hemos tenido ocasion de hablar del gran filósofo Juan Reynaud, y de citar algunos extractos de sus artículos sobre *Zoroastro y Origenes*. Vamos en este capítulo á hacer cononocer por otras citas su principal obra, *Tierra y Cielo*.

He aquí el órden que seguiremos en nuestro resumen:

Desde luego los pasajes relativos á la pluralidad de mundos y el rango de la tierra en el universo.

Despues las magníficas apreciaciones del autor sobre la pluralidad de vidas y sobre las condiciones de la inmortalidad:

“Es necesario de toda necesidad, dice, cambiar la idea que los cristianos han tenido del universo.

Los cristianos nada han sabido del universo sideral; en toda la creación material no han conocido, y aun muy imperfectamente, mas que la Tierra, y en esta ignorancia descansa el error fundamental que les reprochamos. De esto, que era el centro único de sus conocimientos, han hecho tardamente el centro del universo, y han creído en la autoridad de su vista, poco capaz, que no existía mas que un solo mundo, por que no veían mas que uno. Si hubiera muchos mundos, decía Santo Tomas (cuest. 69,) vendrían necesariamente á este centro donde nosotros estamos.” De este solo punto se derivaba todo el resto de su sistema. Es simple y lo trazaremos aquí en dos palabras: desde luego la Tierra arriba de ésta la bóveda del firmamento, enriquecida su superficie en esos puntos brillantes que forman el ornamento de la noche y el carril en que el Sol se mueve, recargado en su parte superior con el Océano celeste, manantial antiguo del diluvio, mas allá de las aguas, en los límites del mundo, el Empíreo, region de las nubes y de la luz, mansion de los bienaventurados y de los ángeles; debajo del suelo, en las cavidades subterráneas, el infierno y el purgatorio. Los padres comparaban esta construcción de Dios en el seno del Vacío al tabernáculo levantado por Moisés en medio del desierto; un sabio moderno, con malignidad de expresión pero con una incontestable justicia, la ha comparado á una casa cuyo piso bajo esté ocupado por los vivientes, las bodegas por los hornos de los demonios, y el primer

piso por las iluminaciones del paraíso. ¿ No hemos visto en el símbolo de Nicea, al Cristo, crucificado en la Tierra, descender despues de su muerte á los infiernos, repasar por la tierra y subir, en fin, gloriosamente al cielo?

Pero los astrónomos han destinado de uno á otro extremo este fabuloso edificio; han rotpido la bóveda grosera del firmamento, arrojado las aguas quiméricas que se le hacia llevar, y dispersado su adorno de estrellas en sus profundidades insondables del espacio. La Tierra ha sido desposeida de esa posición central que habia usurpado.

La enfermedad de nuestra vista se ha disipado como por encanto y hemos apreciado de repente, levantando los ojos hácia el cielo, un espectáculo magnífico, en medio del cual nuestros padres habian vivido sin conocerlo.

Hay, pensemos en esto, un paso serio que es de toda necesidad realice la religion; es necesario que el género humano permanezca sofocado bajo la aniquilante convicción de su oscuridad, ó que se asegure que la creación es un todo que nada limita; no tenemos mas que un medio de ponernos en el centro del universo, y es hacer del universo una inmensidad sin superficie, y arrancar nuestra dignidad del abrigo material que la ignorancia le habia prometido construir en la Tierra; no le queda mas refugio que el infinito, donde vuelve á encontrar á Dios.

“Guardémonos, pues, de creer que estas separaciones secundarias, que no ocupan ante la grandeza de nuestras almas ni el espesor de un umbral, sean

los abismos que nada puede franquear, y tengamos confianza en que la unidad del Creador anuncia á todos los vivos con voz muy alta: sabed que todos esos mundos no son mas que un solo mundo, y este mundo es el Cielo; su incorruptibilidad, es la inalterable simetría de sus cambios, su ligereza, es el conjunto infinito de sus movimientos; su inmaterialidad, en su eternidad y su inmensidad. Y esta tierra que hollamos con nuestros piés, á donde venimos uno tras otro á cumplir nuestra tarea en compañía del género humano, sobre la cual aparecemos sin el recuerdo de donde hemos salido, de la cual desaparecemos sin saber adonde vamos; en la que vivimos sin poder decir con seguridad quiénes somos; esta tierra rueda en el cielo, es uno de los elementos del cielo, y nos constituye una residencia en el cielo. Demos á la religión esta bella palabra de Képler, en sus *Armonías: Hoc enim cælum est, in quo vivimus, et sumus, nos et omnia mundana, corpora.*”

Así es como Juan Reynaud considera la pluralidad de mundos como una verdad de razones; puede en seguida extenderse magníficamente en favor de la pluralidad de existencias.

“Nosotros somos mas débiles que malos, y Dios, haciéndonos germinar en la nada por su fecundidad todopoderosa, no ha puesto en nosotros la funesta virtud de no poder hacer nada contra nosotros mismos. El

bien es el solo principio de que nuestra naturaleza no se cansa, y tarde ó temprano, el mal con las consecuencias de todas especies que engendra, la fatiga, y lo desecha. Nosotros no brillamos desde el momento sino como una simple chispa, para llegar á concentrar progresivamente en las capacidades de nuestra persona todas las grandezas del universo; nacidos pereceremos en nuestro origen, admirables en nuestro fin, dignos de compasión y de tolerancia en nuestros primeros pasos, no podemos dejar de vacilar, bambolearnos y sucumbir. Es necesario, en fin, encontrar medio de dejar estas vidas turbulentas. Seria, en efecto, poca cosa advertir que ninguna de nuestras caídas nos pierde definitivamente, si nos sintiésemos condenados á permanecer indefinidamente en existencias tan miserables como esta. Volver á tomar sitio eternamente en la Tierra con el mismo infortunio y con la misma incertidumbre de sí mismo, no es una condicion que causa envidia: y á verse aprisionado en este círculo fatal, la destruccion seria permitida, aun á los sabios. Es necesario, pues, acabar con estos nacimientos de baja condicion, plagados de pecados en el pasado, comprometedores en el porvenir, y tomar lugar, si se puede, en mejores regiones.

“¿Cuánta luz nos comunicaria el conocimiento de nuestras existencias anteriores sobre el órden actual de la Tierra! Pero no solamente es impotente nuestra memoria respecto de los tiempos que han precedido á nuestro nacimiento, sino que aun nos traciona respecto de los que han seguido á él, y perdemos el recuer-

do de muchísimos lugares importantes de nuestra vida; nada se recuerda absolutamente de este primer período que hemos pasado en el seno maternal; no se conserva mas que un confuso recuerdo de la educación de nuestros tiernos años, y podíamos ignorar que habíamos sido niños, si no se encontrasen cerca de nosotros testigos que nos han visto en otro tiempo y que nos refieren lo que éramos entónces.

“Estamos, pues, envueltos por todos lados por nuestra ignorancia, como por una atmósfera de noche, y no distinguimos mas la luz de aquel lado de nuestra cuna, que mas allá de nuestra tumba. Se nos puede comparar relativamente á la memoria en nuestro arrebato á travez del cielo, á esos cohetes que, en la oscuridad de la noche, vemos algunas veces lanzarse por los aires llevando en pos de sí una larga ráfaga de luz, surco indicador del trayecto que describen: estos suben y nuevas luces se dibujan, pero las precedentes se borran y no hay jamas de esa luz mas que una porcion limitada en su camino. Así es la memoria, ráfaga luminosa dejada por nosotros en nuestro camino: morimos y todo queda á oscuras; renacemos, y la luz como una estrella en la bruma, comienza á manifestarse; vivimos, y se desarrolla, crece y vuelve á tomar su primera extension, despues, de repente se eclipsa de nuevo y reaparece aún; de eclipse en eclipse, proseguimos nuestro camino, y esta ruta dividida por sus oscurecimientos periódicos, es una ruta continua, cuyos elementos, separados solo en la apariencias, permanecen encadenados el uno al otro por una solidaridad pro-

funda; siempre nos sucedemos á nosotros mismos, siempre llevamos en nosotros mismos el principio de lo que seremos mas tarde, siempre ascendemos. Interrogádonos sobre nuestro pasado y os responderemos, como el cohete, que marchamos, pero que la luz no alumbrá nuestra huella sino muy de cerca, y que el resto del camino se pierde en la noche; no sabemos donde hemos nacido, lo mismo que ignoramos á donde somos conducidos; pero sabemos que venimos de abajo y que vamos para arriba, y no necesitamos mas para sentir en nosotros mismos lo que somos.

“Quién sabe, por otra parte, si nuestra alma encierra en el secreto desconocido de su esencia, con qué alumbrar un dia los espacios sucesivamente atravesados por ella desde su primera hora, como las antorchas movibles á que la comparamos, y que una vez llegados á las cimas de sus trayectorias, desplegando repentinamente fuegos inesperados, tomen magníficamente posesion, por anchas cascadas de luz, de la linea trazada por ellos, desde el humilde suelo de donde han partido, elevándose hasta las zonas sublimes desde cuyas alturas dominan hoy la Tierra. Aun hay poderosas razones para pensarlo, puesto que la restitution íntegra de nuestros recuerdos nos parece, con buen derecho, una de las condiciones principales de nuestra felicidad futura. No podemos gozar plenamente de la vida sin que vengamos á ser, como Jano, los reyes del tiempo, sin que sepamos concentrar en nosotros, con el sentimiento del presente, los del porvenir y el pasado. Pues si la vida perfecta nos es dada un dia, la memoria per-

fecta nos será dada el mismo tiempo. ¡Y ahora representemos, si podemos, los tesoros infinitos de un Espíritu enriquecido por los recuerdos de una innumerable serie de existencias, enteramente diferentes las unas de las otras, y sin embargo, admirablemente ligadas formando el conjunto por una continua dependencia! A esta maravillosa guirnalda de metempsícosis atravesando el universo con un florón en cada mundo, añadámos aún, si esta perspectiva nos parece digna de nuestra ambición, la percepción lucida de la influencia particular de nuestra vida sobre los cambios ulteriores de cada uno de los mundos que habremos sucesivamente habitado: prolonguemos nuestra vida inmortalizándola y unamos noblemente nuestra historia con la del cielo; reunamos con confianza, supuesto que la bondad todopoderosa del Creador nos obliga á ello, todos los materiales necesarios á la felicidad, y construiremos con ellos la existencia que el porvenir reserva á las almas virtuosas; penetremos, pues, el pasado por medio de nuestra fé, separando ilustraciones mejores, como penetramos por ella en el porvenir, desterramos de la Tierra la idea del desorden abriendo las puertas del tiempo mas allá del nacimiento, como hemos ahuyentado la idea de la injusticia abriendo otras puertas mas allá de la tumba, alarguémonos en todas direcciones en la duración, y á pesar de la oscuridad que pesa sobre nuestros dos horizontes, elevemos sin temor nuestra existencia terrestre por encima de la existencia imperfecta de estos elegidos del Cristo que han quitado la esperanza, y cuya memoria no es mas que un punto en

muerte de Galileo, animaba al R. P. Le Carre, rector del Colegio de Dijon, cuando procuraba apartar á Gassendi de la creencia en el movimiento de la Tierra y en la pluralidad de los mundos por la carta que sigue.

“Pensad, dice, menos en lo que tú mismo piensas, que en lo que pensarán la mayor parte de los demas, que arrastrados por tu autoridad ó por tus razones se persuadan de que el globo terrestre se mueve entre los planetas. Ellos concluirán desde luego, si la Tierra es sin duda alguna, uno de los planetas; *como tiene sus habitantes, es muy de creerse que los hay tambien en los otros, y que no falten en las estrellas fijas, y que estos sean allí de una naturaleza superior*, y en la misma medida que los otros astros sobrepujan á la tierra en magnitud y en perfeccion. De ahí se levantarán dudas sobre el Génesis, que dice que la Tierra ha sido hecha antes que los astros, y que estos últimos no han sido creados sino en el cuarto dia, para alumbrar la Tierra y medir las estaciones y los años. Por consiguiente, *toda la economía del Verbo encarnado y la verdad evangélica se harán sospechosos.*”

¿Pero qué digo? Así sucederá con toda la fé cristiana, que supone y enseña que los astros han sido producidos por el Dios creador, no para la habitacion de otros hombres ó de otras criaturas, sino solamente para alumbrar y fecundar la Tierra con su luz. Ya vez, pues, cuán peligroso es que estas cosas se extiendan en el público, sobre todo para los hombres actuales que, por su autoridad parece imponer fé en esto.”

“No ha faltado, pues, razon para que desde el tiempo

de Copérnico, se haya opuesto siempre á este error; y que muy recientemente aun, no algunos cardenales, como dices, sino el jefe supremo de la Iglesia, por un decreto pontifical, la ha condenado en Galileo y ha muy santamente [*Sanctissime*] prohibido ensaíarla de viva voz ó por escrito.”

“Si, nuestra filosofía de la pluralidad de los mundos, que se entreveía desde la aurora copernicana, parecía inconciliable con el dogma cristiano; hacia sospechosa la economía del Verbo encarnado,” y una voz sola no se ha levantado en su favor que no haya sido inmediatamente amordazada por medida de prudencia. Después de tres siglos, nuestra doctrina, asentada sobre el granito de la ciencia, se ha consolidado, mientras que el Juicio de la corte de Roma se ha debilitado por la edad; los cristianos pueden decir hoy lo que Fontenelle no se atrevió á avanzar: que los habitantes de los planetas son hombres; y no se es herético por el solo hecho de la creencia en el movimiento de la Tierra; tenemos amigos en el Colegio Romano, que observan los continentes de Marte, y que creen en la pluralidad de los mundos.

“Tiempo vendrá en que todos los Espíritus instruidos é independientes, habrán sabido libertarse de las preocupaciones que pesan aun sobre nuestras cabezas, y confesarán con el acento de una convicción inalterable, la doctrina de la pluralidad de los mundos.

“La dificultad del misterio cristiano ha sido desde luego expresada como sigue: Si se admite la pluralidad de las tierras habitadas y la de las humanidades,

es necesario admitir, ó que estas humanidades han permanecido fieles á la ley de Dios, y no han necesitado del descenso del Redentor, ó que han pecado como la nuestra y han debido ser rescatadas. En el primer caso, estas humanidades impecables, puras y libres de la materia, están por lo mismo libertadas, en nombre del dogma, de la ley, del trabajo; y desde luego su desarrollo parece imposible; parece que sean seres sin objeto de perfeccionamiento, sin fuerza de actividad.

“En el segundo caso, si estas humanidades han pecado como la nuestra, y han debido ser rescatadas, el privilegio prestigioso de la redención pierde su grandeza, por que se encuentra repetido para millones de millones de tierras semejantes á la nuestra, y cae en la ley comun: hace parte del órden general; su esplendor sin segundo está eclipsado, y con ella el esplendor divino de que estaba rodeada.”

Pero el autor combate este último argumento de una manera sólida y añade:

“Sin razon alguna se presentaría la Tierra como indigna de la atención divina, á causa de la multitud innumerable de los mundos que bogan en el seno del espacio; la presencia universal é idéntica de Dios envuelve la creación como el Océano hace con una esponja, la penetra y la llena, es la misma en cada lugar y su carácter de infinidad le está inviolablemente unido. La providencia es tan infinita para el átomo como para la Vía Láctea, ni ménos providente, ni mé-